

Los discípulos le contestaron:—Nos tememos que los jotes se puedan devorar al maestro.

Chuan Dsi les replicó:—Si no me entierran, les serviré de alimento, a los jotes; si me entierran, a los gusanos y las hormigas. Quitárselo a los unos para dárselos a los otros: ¿por qué proceder con tanta parcialidad? (XXVII-20).
—CARLOS KELLER R.

INICIACION DE LA NOVELISTICA ECUATORIANA

LA novelística ecuatoriana ha entrado ya en un franco período inicial. Culminada su prehistoria, cabe significar que acaba de nacer y que comienza su historia. Vencida su gestación, que ha sido lenta, prolongada y difícil, aparece sobre la tercera década de este siglo, amenazante de fuerte potencialidad. No viene cargada de tradición; no viene onusta de pasado. Relativamente su pasado es ayer y su tradición es nula. Carece de normas nacionales que respetar, de orientaciones en que perseverar y aun, por felicidad de laureles que reverdecen. Falta de modelos y de maestros paisanos, la novelística ecuatoriana está capacitada para encontrarse a sí misma y exhaustar sus propias posibilidades.

Venturosa, pues que amanece.

Se ha saludado jubilosamente el alborear de nuestra novelística autóctona. El vuelo que toma en su etapa primeriza, ha arrancado palmas cordiales. Y se ha exagerado la confianza no en esperar de ella, que todo y grande ha de esperarse, sino en esperarla para demasiado pronto, en creerla madura y a vísperas de producir frutos opimos.

Sabroso frutos ha dado ya, por supuesto; mejores dará, a poco. Pero la recogida próxima no se anuncia abundosa. Y es lógico que así suceda.

Lo contrario sería lo extraordinario. Y la obra literaria, sobre toda la colectiva, no es precisamente, por mucho que algún iluso se lo imagine, el dominio de lo inusitado. Antes bien, es cuestión laboriosa, complicada, de diaria superación, en la cual la paciencia colinda muchas veces con la genialidad.

La apreciación errónea, comprensible entre nosotros, fíncase en una inconsciente generalización.

Acá, en nuestra tierra, se ve crecer la hierba. Todo es grandioso y violento. Tras silenciosos temerosos, los volcanes transmutan los escenarios conocidos y le ofrecen al hombre amedrentado un escenario distinto. Las aguas, venidas cumbre abajo, devo-

ran a las rocas, esos llamados testigos mudos de los orígenes. Los ríos de la llanada hacen rápidos movimientos de serpiente sobre los campos angustiados. El árbol niño, a vuelta de breves años se iergue como un «skycraper» vegetal y gozando todavía de su infantilidad monstruosa, juguetea con los altos cielos, limpiándolos de nubes con sus plumeros de hojas.

Las gentes de estas comarcas del trópico se han hartado de contemplar fenómenos semejantes. Acostumbradas a ver lo teratológico en la naturaleza, no se asombrarían de verlo fuera de ella.

En la evolución de la literatura, por ejemplo.

Pero acaece que la obra literaria no es terreno para cataclismos.

En cuanto a influirla, puede en efecto el medio tinturarla, darla un sentido de primigenia realidad ambiente, distinguirla y hasta, si se quiere, nacionalizarla. En cuanto a adelantar su evolución, alterar el ritmo de su desenvolvimiento, son otros los factores que operan antes que el geográfico. (Y los casos aislados de excepción, escritores que perteneciendo a un grupo humano retardado, produjeron obras maestras, el René Marán de «Batauala» v. gr., no cuentan. Hay que tener presente que se trata de la obra literaria colectiva y no de la individual).

Hasta ahora no hay memoria de pueblo alguno que se haya improvisado una literatura, ni siquiera el ruso. La novela rusa, singularizando el objeto de este artículo, es sin duda, la que ha alcanzado en la actualidad mayor grado evolutivo, al extremo de que algunas de sus unidades son cantos epopéyicos que no paldecen comparados con los clásicos poemas antiguos. Mas, la novela rusa tiene una tradición, si bien corta ya que solo va de Puschkin a los «narodniki» y de los «narodniki» a los escritores comunistas, pero que pasa por meridianos como Tolstoy y Dostowiesky. Una tradición trabajada a martillazos y auténticamente vivificada con sangre. Una tradición que lleva en su seno las agrias huellas de martirios dantescos, de dolores horribles, de explotaciones seculares, de encarcelamientos perpetuos, de sacrificios y de muerte. Aparte de que la novelística, como toda la literatura de la Rusia Roja, está insuflada por los ideales nuevos verificados allá, que la prestan un contenido el cual se nota a faltar en otras literaturas, por avanzadas que sean, y las mismas que no podrán tenerlo mientras no rijan en sus países respectivos las circunstancias rusas y no esté como en Rusia acondicionada la existencia humana. Peor en el Ecuador donde sólo cabe a la sazón, por circunstancias que obvian, una literatura de denuncia y de protesta.

El ritmo de nuestra novelística, siquiera durante un quinque-

nio será un ritmo lento. Esto no debe descorazonar a nadie. El proceso evolutivo literario se hace por el sistema del movimiento uniformemente acelerado. Y está actuando ya el impulso generador. Con los otros factores, cooperará el tiempo.

Por lo pronto, andamos escasos de novelistas. Estos son en número tan reducido que podemos decir sin decir absurdos que en Ecuador se han hecho ya novelas, pero todavía no hay novelistas. Insistir sobre el por qué de esta afirmación, sería extraviar el propósito.

Ecuador tiene cuentistas, algunos de subida valía: Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, de Guayaquil; Pablo Palacio, residiendo en Quito; Manuel Muñoz Cueva, César Andrade Cordero, Alfonso Cuesta y Cuesta de Cuenca. A. F. Rojas, M. Alejandro Carrión, Juan Cueva, de Loja. Otros más.

El lector ecuatoriano corriente, mira en estos nombres los de los futuros novelistas. Piensa que quien hace un buen cuento, hará una buena novela. Acaso piense también que ocurre lo contrario: que quien hace una buena novela, hará un buen cuento. Le resulta una ficción de amplitud: el cuento una novela chica, la novela, un cuento grande.

Claro que yerra. El cuento es un género substantivo: la novela es otro género substantivo. El primero no es antesala necesaria de la segunda; ni escribiendo cuentos se prepara uno a escribir novelas. Mucho menos al revés.

Aun cuando parezca una verdad del señor de La Palisse, escribiendo cuentos sólo se aprende a escribir cuentos. Y lo propio con la novela.

Si el error es por ficción de amplitud, también es por ficción de tiempo.

El cuento, tal como ahora lo concebimos, agitando temas humanos, exhibiendo documentos humanos, pero inmediatamente humanos, de cada rato, de todos los días, vulgares, modestos, humildes y agitándoles y exhibiéndoles en lo somero de cortas páginas, es reciente. Este cuento es un estado literario nuevo, que proclamó su independencia apenas en el siglo XIX. Vivió antes, estado tributario, confundido entre el apólogo, la leyenda, la conseja, los «fabliaux» a la sombra protectora de la narrativa general, que aun pugnaba por no librar del cordón umbilical a la novela misma.

La substantividad del cuento, es, pues, demasiado fresca. Y es acá en América donde acaso ha encontrado un mejor y más propicio campo para desarrollarse.

El error deviene explicable.

Ecuador debe esperar a sus novelistas, pero no debe esperarlos precisa y necesariamente entre sus cuentistas. Esto no incide a la excepción, o sea a la eventualidad probable de un cuentista que volque hacia la novela y la trabaje y cultive con éxito. La regla, es, sin embargo, todo lo general que cumple a una regla.

Yo desconfío de las novelas que escriben quienes, durante su vida literaria, han hecho tan solo cuentos. Por lo menos, de sus primeras novelas.

La factura del cuento urge un singular sentido de síntesis, de concreción, de resumen, que el escritor va adquiriendo a medida de sus obras sucesivas y que una vez adquirido tórnase en él carne de naturaleza y no se decide a abandonarlo, creándole como una personalidad nueva.

La factura de la novela requiere, en cambio, un cierto sentido de latitud, de anchura, de explayamiento, que resulta muy difícil de obtener para quien se acostumbra a desenvolverse dentro de las medidas, no exactas, pero sí estrechas del cuento.

El cuento se hace primordialmente, en profundidad, y luego en superficie; la novela se hace capitalmente en superficie y después en profundidad.

La novela narra y estudia; el cuento estudia y narra.

La novela no contiene fatalmente el cuento; el cuento contiene germinalmente la novela.

El cuento, no será jamás capítulo de novela, la novela puede ser potenciación del cuento. Puede ser.

Ocurriendo tal, la novela que escriba un cuentista de cuño fuerte (y aquí sí dejo margen para las floraciones esporádicas), corre peligro de resultar hato de cuentos unidos, más que por la comunidad de personajes y la armonía continuada de los momentos, por el consabido hilo del encuadernador. Cuadros de un mismo pintor expuestos en un mismo salón, no serán un solo cuadro grande. Partituras de un mismo maestro, tocadas una a continuación de otras, no formarán una ópera plena, se individualizarán, se distinguirán, revolucionarán dentro del todo que los reúne y que pretende de compacto. Exarcebando la comparación, harán cada uno como un romance en el Romancero, que es sarta de muchas perlas, pero no perla de único oriente.

Por lo dicho, yo no veo en el cuentista ecuatoriano nacer el novelista, si bien no niego, que por arte de cualidades ingenuas o logradas, un buen cuentista sea a la par un buen novelista. Casos habrá.

•Pero el novelista ecuatoriano, el gran novelista ecuatoriano probable, surgirá, pronto o luego, cuando venga oportuno, cuando su ocasión sea llegada por preparado el medio literario, por

apto el medio literario, y surgirá escribiendo novelas. No será indispensablemente cuentista previo. Mas aun, acaso su primera novela, su novela sin pasado, sea la mejor. Hay que recordar que «las pobres gentes» es la novela de los 23 años inéditos del genial epiléptico, la que hizo ver en él un Gogol resurrecto.—J O S É D E L A C U A D R A.

DOCTRINA DE MONROE Y COOPERACION INTERNACIONAL

UN COMENTARIO A LA OBRA DE CAMILO BARCIA TRELLES

 A bibliografía internacional sobre la Doctrina Monroe no puede ser más extensa y variada. A todo un capítulo de la historia da asunto esta doctrina cuya interpretación, por parte de los internacionalistas, continúa siendo muy discutida.

A pesar de la variedad de comentarios, los estudios de conjunto de la Doctrina Monroe, que a cosas y hechos de América dicen especial relación, habían de buscarse anteriormente, por desgracia, o bien en autores norteamericanos que escribieron para defenderla o en europeos y aun sudamericanos que ante el giro de los acontecimientos tuvieron un solo interés: combatirla.

Tarea difícil era encontrar un espíritu desapasionado que investigase en sus orígenes y relacionase esta doctrina con la marcha natural de Norte América. Las interpretaciones eran unilaterales o con relación a un hecho aislado que ocupaba la atención del momento; meditadas todas con espíritu crítico, pero ayunas de sosiego partidista.

Es cierto que algunos autores, europeos en su mayoría, fijaron su atención en el Mensaje del Presidente Monroe con propósitos históricos; mas estoy por creer que no lo lograron, o si alcanzaron a realizar este propósito, la realidad es que a pocas personas han convencido.

Obra de estimado valor por la personalidad del autor y la fuente misma de sus informaciones, acaba de ser escrita por el catedrático de la Universidad de Valladolid y profesor de Derecho Internacional de La Haya, señor Camilo Barcia Trelles.